



Autoservicio

La puerta automática se abrió, el ojo invisible ya lo había percibido y entraba en las estadísticas. Vació un poco, estaba consciente que la cámara de vigilancia estaba frente al acceso principal, por lo que bajó la vista, como buscando un periódico en el exhibidor de la derecha, que ya había visto en otra oportunidad.

Quizá todo habría sido distinto en otras circunstancias, si el mundo fuese diferente.

Eran las siete de la tarde cuando cruzó la calle bajo la lluvia, sin ver los charcos que iba pisando, total poco importaban los pies mojados; en realidad muy pocas cosas importaban ya. Primero fue la disminución en los incentivos, la postergación de los pagos de horas extras y luego nada: sin previo aviso, la calle. Se había supuesto no decirle nada a la vie-

ja, total, para qué preocuparla. Mientras tanto, veía la forma de pasar la olla.

Nada que hacer, despedido por robo, sin derecho a reclamar, claro, vamos al juicio, tenemos testigos, abogados. ¿Y tu qué tienes? Que gatas de teatro al frente ahora, todo sería distinto.

Era como siempre le dijeron, pero abundantemente se negó a creer. La vida es peor de lo que parece, "así es la vida Venancio", el tío grande se comió el más chico, que mierda de mundo.

Miró la hora, las siete con cincuenta minutos más, café por favor. Si espeso. No, sin azúcar. Sonríe trágicamente para sí mismo cuando busca en su bolsillo las monedas. Siempre helado bajo la chaqueta. Se sienta en una incómoda silla, en la barra que sólo cabe su taza y el cenicero para el cigarrillo.

Su turno comenzaba recién, le tocaban ocho largas horas más. Los viernes eran siempre complicados, borrachos, tramochados, hombres y mujeres con sus amantes, improvisados o no, procurando ocultarse de las cámaras y de las miradas suspicaces... siempre igual. Ya preparada para eso se arregló por última vez la cola de caballo y salió al mostrador. Buenas tardes... (Nescafé, pero, como decirlo, "subretocretado") era el término que se le ocurría, lo vio en demanda de combustible (Dicen que el lunes le suben el precio otra vez).

Seguramente en algún despacho amoroso. Se da vuelta y le sube el volumen a la Podahuel, se dispone a oír fragmentos de vidas desconocidas, con tópicos romances, problemas insolubles y seguramente más emocionantes que los de ella. "Chino Pili, nos vemos mañana... si, no te preocupas, yo entrego, chao".

Dunca en su bolsillo el siguiente cigarrillo, como siempre se pregunta cuándo lo irá a dejar, se mira los dedos amarillos. Siempre con treinta, el café está frío. Sabe que mirando al ventanal no va a percibirlo por la cámara, ni por las vendedoras del local. Así piensa, debe verse un perfecto ciudadano. Quizá el perfecto ciudadano habría comprado un par de hot dogs o cualquier otro engendro calórico, es mal visto entrar a un local de comida rápida a tomar sólo café, a menos que éste venga aderezado de toda clase de cremas aromatizantes, saborizantes, en vasos altos, con pajitas y hasta un marraquino. Sólo si lo tuviese enfriado, ahora que no hay nada que perder. Nada que perder, se volvió a decir a sí mismo. Sin darse cuenta estas últimas palabras las había dicho en voz alta. Miró en el ventanal hacia el reflejo el mostrador y encontró los ojos verdes de la moxacha de la cola de caballo, cuando él volvió la cabeza para mirarla de frente, ella desvió la vista hacia el balde y el trapero.

Como todos los días, comenzaba su tarea con el ahrillatamiento de rigor en los pisos, aunque estos no estuviesen sucios era indispensable dejarlos como un espejo. El día siguiente que usaban era bastante fuerte "parece que lo traen de afuera, de los estados juntos", le dijo a su compañera.

Obra ganadora del concurso de cuentos, organizado por el Mall Plaza El Roble y el diario La Discusión. Su autor es Juan José Ledesma que firma con el seudónimo Cyrano

"dicen que a una cabra que no usaba guantes se le cayeron las uñas... otros dicen que sirve para depilarse", se rien ambos, pero al parecer no contagian a su único cliente, que sigue mirando hacia el estacionamiento. Entre susurros comentan "lleva media hora con el café, seguro que espera a una mina", "no, a mí me parece cara de pena, seguro que la mina lo dejó plantado".

Estaba terminado de pasar el trapero delante del mostrador y se disponía a poner el consabido letrero de "Wait Floor" (se supone que todos somos bilingües o bien queremos parecerlo) cuando se quedó observando la expresión de odio contrito del hombre de la barra, se inclinó. El hombre volvió la cabeza y ella bajó la vista.

Nada que perder volvía a repetirse en su cabeza, como el estribillo de una canción conocida, que él conocía, quizá si buscaba y seguía el hilo de la canción podía conocer el final. Un extraño frío lo invadió de pronto, un temblor en el estómago, ahora que veía lo que iba hacer. Antes lo había significado todo como en un sueño, como en una canción en que el estribillo se repite y termina siempre bien. De pronto había perdido el final de la canción. Repasando.

El furgón se estacionaría a las siete con cuarenta y cinco, bajan dos, el chofer espera, uno entrega y carga, el otro espera en la puerta. El que entra llena los formularios, 2 litros a cada uno, seguramente las mujeres del local, quedarían heladas al ver la sangre... recoger la bolsa y volver a la camioneta robada del supermercado. Hasta aquí todo va bien. Vuelve a sentir el temblor en el estómago ¿y después? Eso no estaba claro y era un problema. La vieja no entendería lo que pasa, lógicamente lo buscarían, lo perseguirían. Vio todo como en una película, el ocultarse en el sur, enviar plata a la vieja, pobre, ni pensar en volver a casa. Buscar un nuevo hogar. El temblor en el estómago. Encendió otro cigarrillo. Pensó que

a esa misma hora sus hijos estarían dormidos y esperando salir a la mañana siguiente con él. La vieja le tendía la comida caliente como siempre.

Sacó el seguro del arma. El lunes tenía que pagar cuentas. En cualquier caso, no era la primera vez que buscaba trabajo. Vio que la puerta automática se había para dejar pasar a los guardias, se levantó empujando la nueve milímetros, todavía en el bolsillo de la chaqueta, nadie lo había notado. Cuando los vio entrar, los saludó como siempre y recibió los formularios "bueno", ¿qué vendieron hoy día chicha?, "Harto, tu sabes, viernes día de movimiento".

El guardia en la puerta no notó que el hombre de la barra se puso de pie y se acercaba rápidamente al mostrador.

Sabía que desde ese ángulo la cámara solo enfocaría al guardia. La vieja volvió a pensar la casa, los niños. La angustia se había apoderado de él y sudaba copiosamente. Estaba a pocos metros del mostrador, sólo algunos segundos lo separaban de un mundo totalmente distinto, un mundo que no le dio las oportunidades que necesitaba, un mundo que nunca lo trató bien, todo fue por esfuerzo y a costa de dolor. Sin darse cuenta estaba mirando a un par de ojos verdes que lo miraban con compasión, miró directamente a la cámara de seguridad, como lo hace un hombre honesto, volvió la mirada hacia la joven, gracias por el café, le dijo volviendo, ella no contestó. Puso el seguro y salió del local. Ya no dudaba, ya no tenía miedo.

Despierta cabrita, que te quedé pajureando y dame la placita, ni siquiera te dió las gracias al pallo que salió. Ella seguía mirando hacia la puerta, imaginando que conflicto romántico lo había puesto en ese estado, que despecho lo había llevado a ese local, que historia debía le había hecho tanto daño. Seguramente nada de eso y sólo pasó a tomar un café.

Volvió a subir la Podahuel.

Cyrano

Libros



El corazón del lobo. Rina Morteo. Espasa Calpe. En la Zarzuela, Editora de libros de la Edad Media, despierta una mañana con una llamada inesperada. Una voz de hombre, al otro lado del teléfono, le dice: "Te he encontrado". Se viste y huye sin sospechar que alguien, o algo, que estaba con un misterioso pasado que creía olvidado. Durante veinticuatro vergonzosas horas, la fugitiva Zorra hará un recorrido por los infernos: los bazaros, los abrigos, la miseria y la crueldad, las insólitas relaciones afectivas que desde niña mantuvo con su padre y con su hermano.



El demonio y la señorita Pryn. Paulo Coelho. Editorial Círculo. Esta es la más reciente novela del gran brasileño. Trata de una mujer que se llama "Adriana" y de un hombre que se llama "Pryn". Pryn me sentí y leí. Inspirado en el viejo mito de la mujer que es bien y el mal, el relato, que por ahí puede estar sufriendo a alguien, se centra en las circunstancias de la vida de un simple personaje a una comedia divertida.



Final de novela en Patagonia
Miguel Gironella. Ediciones B, 2000.

A bordo del Contrabando Pedro (un viejo Ford Fiesta), el autor argentino se lanzó a recorrer la Patagonia. Después de dos años de trabajo, y de su aventura resultó este delicioso relato, lleno de personajes entrañables, como el que ganó el Premio Grandes Viajeros 2000.

Autoservicio [artículo] Cyrano.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cyrano

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Autoservicio [artículo] Cyrano.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile